

Reportaje

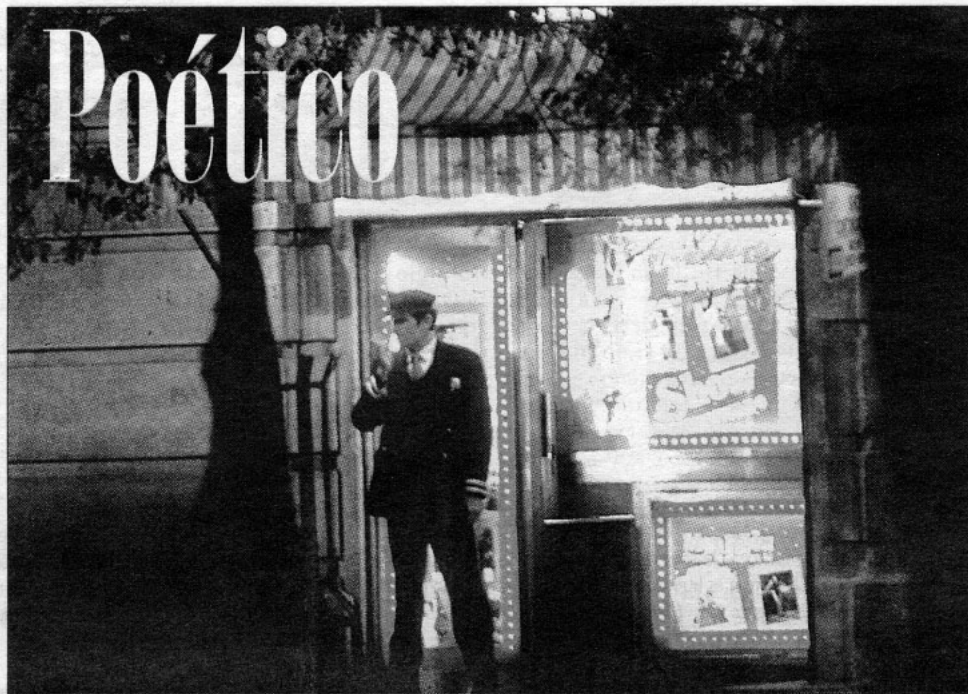
POR IGNACIO RODRÍGUEZ A.

UNA certeza de tragedia y de dolor irreparable sobrevuelan por los poemas de este libro. Algo “sobrenatural” se enreda en el grosor de su materialismo. Cierta confusa luminosidad nos sorprende en los callejones nocturnos de sus desesperanzas. Cuando en un texto ya todo está perdido, sobreviene la lucidez lírica de una exclamación —“oh guitarrista, en la vergonzosa vida, desplazado por/ la noche paramilitar caí/ absolutamente borracho”— y un nuevo aliento impulsa la verbalización épica de los desastres. El hablante es un guerrero, un militante de los naufragios y un héroe de la marginalidad, pero también de la Resistencia “sintonizada al cielo de Av. Matte”: “el Maxim y su estúpido Toque de Queda”.

A pesar de la profusión de nombres, apellidos e iniciales, como lectores nos desplazamos en realidad por los suburbios de la indigencia y del anonimato, y a veces por los espacios espectrales de las fosas comunes: “Fosas Militantes/ Cárceles/ Campos” donde “Equivocado tanto política como metafísicamente”, sólo queda el “Horror al Vacío”. La ciudad y sus destinos se nos aparece conformada por fríos laberintos electrónicos de cementerios deteriorados. Y sin embargo, allí los muertos viven, palpitan, sueñan, beben y copulan sólo para volver a morir. Y los descreimientos son fe; los desalientos, vocación; las pérdidas, proyecto. Aquí los hombres y las mujeres se han puesto la vida al revés, con todas las costuras al aire, con todas la cicatrices expuestas a su repetición. Es un mundo de seres virados que convierten lo perverso en santidad y la decadencia en triunfo. No se salvan de la decencia siendo indecentes, sino inocentes, pues en los universos donde habitan no existe el pecado y, por lo tanto, nadie es culpable; sólo criaturas frágiles y vulnerables, indefensas de sí mismas y del poder en todas sus manifestaciones represivas durante los años setenta y ochenta en el país, entre otras cosas, época de los derrumbamientos empresariales, de las “enormes pérdidas a la Comunidad Chile”.

Texto-testimonio transmutado en una vigorosa proclamación épica del infortunio histórico de una generación, que también refunda la rebeldía en estos tiempos de conformismo y sometimiento sonambulesco, y renueva de paso el quehacer poético nacional con los aportes de una libertad

Poético



expresiva y estructural profunda y desenfadada, con el lenguaje de un rock, que si bien yo no entiendo, me sobrecoge por sus dimensiones de desgarramiento, fragmentación y lucidez con que aquí se nos presenta.

El libro es valioso en su totalidad, pero quisiera detenerme en dos textos que me impresionaron: «Carta íntima» y «Carta de navegación». El primero es un episodio de las pérdidas, un puro extrañamiento por lo que no se es —“Yo es Otro”— y un vacío del cambio y la nostalgia. Es la confusa presencia del individuo en su ausencia de identidad, el regreso, después de una historia de “Vientos negros” y nublados, al espacio familiar donde sólo “Los árboles siguen allí/ Llenos de pájaros de otros tiempos”, magníficos versos que rematan el texto. ¿Qué son ahora esas “vendadas/ llagas/ sangre seca” que los recubren. ¿Qué son esas murallas y esos candados? ¿Qué es esa clausura de los jardines? ¿Dónde están los tipos que hace años se sentaban allí? ¿Qué son esos dormitorios convertidos en oficinas y bodegas? ¿Esa “superpoblación de gente tirada al suelo”? ¿Esas “aguas servidas” y pobreza? Todo lo que queda después de tanto desaparecimiento, después de tanto desalojo y destierro. Nada más que el no-ser, el no poder ser en un mundo en que el hablante ya no se reconoce: “Yo no soy mi padre ni mi madre”; afirma, renunciando así a toda su circunstancia, desvinculándose definitivamente de sí mismo, de su historia y de su actualidad. Y como lectores sentimos que, de alguna manera, todos nos hemos esfumado, pero también que el hombre, en estos tiempos, se humaniza en la

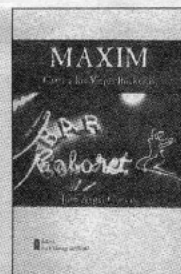
negación y la derrota, pues su falta de pertenencia es la glorificación de su intimidad.

El segundo poema —«Carta de Navegación»— es más narrativo y épico, pero no menos intensamente lírico, con profundas resonancias religiosas vinculadas a la purificación por el sacrificio. En él se establece el paso desde la clandestinidad al espectáculo, desde el ser privado al ser público. Cuando “El hombre ya no es nada”, cuando “el silencio del mundo” sobreviene y la “vida no tiene ningún sentido”, “Uno es un escenario” y no cabe otra cosa que “inventarse un Otro Apocalipsis”, “ajustar cuentas” hasta reventarse el alma, “Rogar a Dios”, “amar la marginalidad”, abrazar a los “viejos insurrectos”, los “Viejos Rockeros” y andar por “calles insomnes” en “el filo de la masacre en la noche” en una representación de la vida que ya no es.

Maxim. Carta a los viejos rockeros, más que cualquier ensayo, novela u otro poemario que se haya escrito, es el más profundamente delirante y auténtico reportaje poético del Chile de la dictadura.

MAXIM. CARTA A LOS VIEJOS ROCKEROS

José Angel Cuevas.
Libros La Calabaza del
Diablo, Santiago, 2000,
71 páginas.



EL MERCURIO

El Mercurio 24-VI-2000 P.10 5822-94